

JUICIO SINTÉTICO

Desentendiéndonos de la insustancial glosa, hay que convenir en que los académicos derrocharon ingenio y agudeza en los ovillejos. El padre Sanz, de los mínimos de San Francisco de Paula, versifica en esta velada con una galanura que no ostentó en su romance de la sesión anterior.

R. P.



ACTA DÉCIMA

ACADEMIA QUE SE CELEBRÓ EN EL REAL PALACIO DE LIMA, EN OBSEQUIO FESTIVO DE LOS FELICES AÑOS DEL REY NUESTRO SEÑOR DON FELIPE V. (QUE DIOS GUARDE) EL DÍA 19 DE DICIEMBRE DEL AÑO 1709.

CONCURRENTES:

Su Excelencia, que hizo oficio de Fiscal,
Don Juan Manuel de Rojas, presidente,
Don Gonzalo Cayetano de la Torre, secretario.

<i>El P. M. Fr. Agustín Sanz</i>	—	<i>El marqués del Villar del Tajo</i>
<i>El licenciado don Miguel Cascante</i>	—	<i>Don Pedro de Peralta</i>
<i>El marqués de Brenes</i>	—	<i>Don Jerónimo de Monforte.</i>
		<i>Don Pedro Joseph Bermúdez</i>

Un discreto orador llamó al amor sin obras, luz sin llama: porque su tibio esplendor recrea los ojos y no enciende los pechos. Vanamente pondera lo que ama quien, en las obras, no muestra lo que quiere. El extremo con que el Excmo. señor marqués de Castell-dos-Rius amaba á nuestro Rey y Señor don Felipe V. era exceso de fineza, viviendo afectuosamente rendido á sus reales heróicas prendas, y fervorosamente empeñado en defender la justicia de su derecho, como quien puso (siendo Embajador de su mismo Rey) veinte y dos coronas de los reinos de España en su real mano. Debióle la Grandeza, tan debida á sus méritos heredados y adquiridos, y el gobierno de estos reinos, á quien hizo Su Magestad la merced de enviarle un Virrey mayor que su fama, y mejor que nuestras esperanzas. Y así era su ardiente celo, nacido de agradecimiento y amor, como lo manifestaron sus infatigables operaciones y finezas, ejecutadas en el real servicio, las cuales pedían más copioso volumen para su relación. Pero cuando llegó á esta corte de Lima la noticia feliz del nacimiento del

Príncipe don Luis Fernando, Nuestro Señor, salió de sus límites el gozo, vertiendo Su Excelencia por los ojos la alegría de su corazón. Dispuso las más solemnes acciones de gracias á Dios y las más ostentosas fiestas públicas, y aplicando á las glorias de nuestro Rey su elevado ingenio y delicada pluma, escribió Loa y Comedia, de admirable elegancia y peregrino acierto; y en su ejecución, dispuesta en majestuoso Coliseo con real aparato de mutaciones, música, ostentación y gala, gastó más de treinta mil pesos, publicando la insigne obra la fineza y discreción de Su Excelencia, y el crecido gasto su galantería y generosidad, que sabe el corazón batir moneda para los desempeños del afecto. No tenía el Rey Nuestro Señor, en toda su Monarquía, quien más finamente le amase y con mayor lealtad y celo le sirviese. Y este empeño de amor no perdía ocasión alguna en los obsequios y aplausos de Su Magestad. Y así para celebrar el cumplimiento del año que dió principio al sexto lustro de su edad, el día 19 de diciembre de 1709, además del festejo cómico en que se representó la gran Comedia intitulada *De un gran yerro, un gran acierto*,⁽¹⁾ que escribió para esta ocasión la diestra pluma del conde de la Granja, y se ejecutó con Loa de don Pedro Joseph Bermúdez, fundada toda con delicada novedad y singular primor en el curioso Anagrama que había sacado Su Excelencia de las precisas letras que componen los augustos nombres de Filipo Quinto y Gabriela, nuestros amados Reyes, y está en el acta quinta de estas Academias, dispuso Su Excelencia que se dedicase una Academia á las glorias del real nombre y años, y se ejecutase con regia ostentación y espléndido aparato en la Casina que labró la magnificencia de este heróico Príncipe en medio del hermoso jardín del real Palacio de Lima. Era este un precioso gabinete ó galería de cristales, que en el centro del florido vergel se ostentaba, fiel correspondencia del sol, erario de la luz, depósito del día, espíritu del Arte, y firmamento de la tierra, donde gloriosamente naufragaba la admiración entre las dulces confusiones de brillantes luces, fragantes flores y músicas cadencias que ocupaban todos los espacios del deseo al triunfo de celebrarse la Real Academia, haciendo en ella Su Excelencia oficio de Fiscal, en que dió á los ingenios el discreto Vejamen, en cuya copia hallarán los entendidos más bien tejida muestra de sus aciertos. Y de este majestuoso sitio y culta mansión escribió el referido don Pedro Joseph Bermúdez, en otra de las Loas que compuso para el día 25 del mismo mes á los años de Su Excelencia, formada de la célebre competencia de Neptuno y Minerva, la descripción siguiente:

(1) Tanto la comedia del conde de la Granja como la Loa de Bermúdez son desconocidas. Tal vez no existen ya los manuscritos.—R. P.

El Real Palacio de Lima
su grandeza reconoce,
pues su fábrica opulento
hizo que también se adorne
de jardines y de fuentes
que, de ocultos surtidores,
impetuosos despiden
del aire flechas veloces,
lloviendo en rayos de perlas
vistoso esmalte á las flores,
y que el camarín luciente
que el oro y cristal componen,
su varia pompa florida,
sus puros reflejos copie,

donde en competencia hermosa
de esferas y elisios formen,
si los luceros, cuarteles,
las rosas constelaciones,
para que flores y estrellas
por sus cancelos se asomen,
á escuchar del alto númen
que allí sus luces recoge,
entre dulces suavidades
elevadas discreciones,
que, de su voz y su pluma,
en los sublimes remontes,
sustituyan la armonía
de los celestiales orbes.

En aquel agradable espacio se celebró esta Real Academia, y en ella se aplaudieron y aclamaron con varios elegantes números las felicidades, triunfos y glorias del Rey Nuestro Señor, ofreciéndose con dócil prontitud los conceptos, así por la admirable destreza de los ingenios, como por la copiosa liberalidad del asunto. Nació Su Magestad debajo de faustas influencias en que prometía sus futuras prodigiosas hazañas la afable radiación de las estrellas, pues nunca se coronaron de aspectos más benévolos los astros, de semblantes más apacibles los planetas, inclinándose el cielo de agradables esperanzas á su Real cuna y obligándose sus propicias luces, como fiadoras de sus prosperidades á la constancia de sus dichas y al progreso feliz de sus victorias, á cuyo aplauso, y en obsequio de su Real nombre y años, se dedicaron en esta Academia las obras siguientes:

— CEDULILLAS —

Que escribió Su Excelencia.—Leyólas don Gonzalo Cayetano de la Torre, Maestre de Sala de Su Excelencia.

— CEDULILLA PRIMERA —

Estando en este instante en la calle (que este oficio de querer ser poeta me pone en ella, pues todos, desde que ando en esto, me dicen que soy un pobre hombre y me sacan de mis casillas) ví que venía hacia mí una mujer muy encapotada, algo larga de talle, pisando tan quedo, que parecía guardaba el sueño al silencio; y así que se llegó á mí, sin decirme siquiera buenas noches, me preguntó dónde estaba Apolo. Yo la respondí que en todo el día no le había visto, que aunque es verdad que había sa-

lido, y que era ojo del mundo, no había querido aojar á nadie en aquel, no sé si por achaque de una nube, y que lo había sentido tanto como si le hubieran tocado en las niñas, y que hablar de él entonces era lo mismo que de los antipodas, y á aquellas horas no sabía donde estaba, pues sólo sabía que daban señas de que era un perdido el buscarle ella y ser hombre á la mar, y esto bien lo ve Vm.—Cómo quiere Vm. que lo vea, me dijo entonces, si soy la Noche?—La Noche, señora? Pues cómo busca Vm. á Apolo? Sin duda se cansa Vm. de vivir, y perdone Vm. si no la había conocido, la dije, que las sombras y los lejos lo causaron.—Vamos al caso, prosiguió diciendo; yo vengo para introducirme en su casa de Vm., que sé que hay Academia, y he de hacer ver á todos los poetas las estrellas, porque vengo muy enojada de que sólo la Aurora sea buena para ellos todo el año, y yo para nadie lo sea en él sino una vez, y todos me tratan siempre como á una negra, sino es que Vm. me cierre las puertas como lo hacen los demás. Díela que por Puerta Cerrada entraban muchos, y que por ella podía entrar mejor que por la Puerta del Sol, pues por esa salía. Repliquéla también, mire Vm. que no hace bien en venir acá, que todos los poetas la desmentirán á Vm., pues todos quieren lucir en esta ocasión.—No importa, me dijo, que si hay alguno que se quiera dormir, me habrá menester.—Esto, señora mía, la dije, es cosa de sueño pensarlo, y ni aun por sueños han de dejar de estar despiertos para todo, en un abrir y cerrar de ojos, además de que Vm. viene enojada contra todos, y no parecerá bien lo preciso de hacerles sombra.—Antes bien, replicó, los dejaré á la luna, y yo me he de estar aquí hasta el amanecer, por ver si llega este día. Venían entrando en esto ya algunos lucidísimos ingenios, de lo que (á su pesar) adquiriría noticias, pues pestañeaba mucho, aunque yo procuré deslumbrarla de ellos; y viendo que á estos no los podía ver, por no causarla mayor pesar la venida de Apolo (que lo buscaba con falsedad por no dar con él y aseguraba que estaba ausente) la dije:

No te cause más desmayos
tu vana y loca porfía;
mira que ya llegó el día,
pues ves de Apolo los rayos.

CEDULILLA SEGUNDA

Un sastre deseoso de saber el arte de poesía, para graduarse en el de hurtar; que tras de lo mucho que hurta de vestidos ri-

cos, queda pobre y no acaba de salir del laberinto de sus trampas, aunque nunca pierde el hoy; que se precia de valiente, por lo mucho que acuchilla; que no hay lance para él dificultoso, pues todo lo ajusta; que se alaba de enredador, porque vuelve lo de adentro afuera; que nota hasta los puntos; tan murmurador que corta de vestir á cualquiera, y que es hombre de tanta esfera que todo lo iguala; pide con estas propiedades á Apolo, diciéndole que quiere ser poeta. Extráñalo Apolo, diciéndole que para ser poeta tiene muchas uñas. Replica el sastre, y dice que no puede ser, cuando se las come, y que ese es pequeño embarazo; que antes así tendrá mucho paño que cortar, y que él precisamente ha de ser buen poeta, pues para las quintillas tiene la destreza de sus cinco dedos; para redondillas, sudedal; para agudeza de los equívocos, su punzón; para sutilezas de romances, su aguja; para sátiras, sus tijeras; y todo lo demás que señala en su Memorial, á cuya petición movido Apolo decreta:

Mi piedad no te despida;
pues, ni por corto ni largo,
de verso te han de hacer cargo,
pues los harás con medida.

CEDULILLA TERCERA

Un calvo, que se pone debajo de cubierto por temor de que las caídas de una tortuga no le vengán; un músico, que viene huyendo de haber descalabrado á una dama con un canto; y un poeta vergonzante, que se cubre con el manto de la noche, están en el zaguán de la casa y discurren si entrarán á la Academia, y no hallan salida. Llámales el músico y dice que vengán á su voz. Responde el poeta que él no se atreve, porque está de miedo que no sabe donde tiene los pies. El calvo dice que todo se le ha ido de la cabeza, y que así no se acuerda de lo que le encargaron. Aprieta el músico la clavija, diciendo que él les acompañará y que no reparen. Dice el poeta que antes por caridad le dejen á la puerta, para que pueda pedir de limosna unos versos ó una flor. El calvo representa que así que le vean allá le han de decir que es hombre de mucha frente y poco fondo, y que es echarle á perder, y que todos han de reparar en sus entradas. Vengán Vms. conmigo (vuelve impaciente el músico á porfiar) que, si tienen mal pleito, aquí estoy yo que lo sabré matar á voces; y para pasar el río de esas dificultades, aquí está el puente de mi guitarra; que Vm., señor calvo está descubierto, aquí está la tapa; y para su flor de Vm. aquí está la rosa. Ea!, vamos, pues! Venía en esto entrando Apolo, y pudiendo oír algo de las dudas que tenían les dió este consejo á cada uno:

El músico no contraste
entrar contra la razón,
si á la primera ocasión
ha de dar con todo al traste.

Volvióse al poeta, que de vergüenza estaba que no se atrevía á sacar la cara en tan preciso empeño, y díjole de esta manera:

No en vano es bien que presumas
favorezco tu cuidado,
que entiendo que vas volado
con las alas de otras plumas.

Solo el calvo estaba tan en sí que el espanto de las sentencias de aquella Deidad no pudo jamás hacerle erizar los cabellos (pronóstico de su dicha en el cielo raso de su cabeza), cuando le dijo Apolo:

Solo el calvo sin recelo
entre al lance desigual,
que yo fio que el fiscal
no le toque ni en un pelo.

—
CEDULILLA CUARTA

Un cojo muy cortés, pues á todos hace reverencias; un zurdo muy poco entendido, pues no sabe cual es su mano derecha; y un corcobado de gusto tan fácil que á todo se inclina, teniendo los dos cada uno su asunto para la presente Academia, no quieren cumplir con él, y estáse cada uno con su tema delante de Apolo, divino Presidente de ella. Dice el cojo: yo no me atrevo á pedir asunto en la presente ocasión, ni á escribir para la Academia, porque luego han de conocer de qué pie cojeo. El corcobado dice: verdad es que á mí me han dado asunto, pero no quiero escribir, y no se me da nada de que lo murmuren, que ya estoy hecho á echármelo todo en las espaldas. El zurdo dice: yo tengo por fijo que lo he de errar todo, pues todos saben que no soy diestro. Vuelve el cojo y dice: si á mí señor corcobado me hubiesen dado como á Vm. un romance de pie quebrado, yo le hubiera hecho luego, al instante, sin salirme de mi paso ni apresurarme por eso. El zurdo dice: yo voy buscando rodeos para escribir y no hallo para ello camino derecho. El corcobado se escusa diciendo que él también lleva un monte de dificultades sobre sí; y si entra en la Academia, escritos los versos, es precisa su afrenta, pues no se puede escusar de salir cargado de ella, aunque se eche con la carga. Replican todos y le dicen que se resuelva, y que esas dificultades que le vienen tan de atrás es muy fácil allanarlas, y que

tenga pecho un hombre de tanta espalda, sin que las vuelva al empeño en el riesgo de que le pesquen el bulto. Vistas de todas partes las razones, el divino Apolo pronuncia:

El cojo y el zurdo allano
que escriban; y es bien, porque
siendo su recelo vano,
al cojo darán buen pie
y al zurdo una buena mano.

—
CEDULILLA QUINTA

Un poeta que apresuraba los pasos para hacer más breves las jornadas, llega corriendo á los pies de Apolo, y le dice: Yo, Apolo divino, soy poeta, según dicen todos, de malas comedias, y vengo á suplicaros que me libréis del Golfo del Corral; pues entre las olas de la gente que me las censuran, el aire de los malos equívocos que gasto, el viento de los silbos que me turban, las espumas de las bocas que lo ríen, los bancos en que me encallo, los cabos (que no se atan) que no resisten, las velas que doy al discurso que no se recojen, los árboles que no sé seguir, las jarcias de los lances que no sé desenredar, el norte que pierdo, aunque halle la carta de marear, y sin saber tomar el rumbo, vengo corriendo borrascas á vuestros pies. Digo, pues, que si hago comedias de capa y espada, aunque tenga muchas cuchilladas la tal, nadie dice es una valiente comedia; si de tramoyas, luego va volada; si de mutaciones, las temen y tocan al retiro; si de alguna historia de los dioses, dicen ¿quién le mete á él en historias? Y aunque sea una gentil comedia, es la fábula del lugar. Si intento armonías, les disuenan; y en efecto me hacen dar al traste con todo y se echan á pique, sin que jamás llegue al puerto feliz de la alabanza. Ya veis que he gastado en esto todo mi caudal, que es como haberlo echado á la mar, y estoy para escapar en una tabla. Apolo estaba por no hacer caso de lo que le decía, por parecerle todo (como en efecto lo era) cosa de comedia; pero viendo que había dicho que estaba para escapar en una tabla, porque no se anegara, le detuvo y le dijo así:

En el remedio que entablas
no haces el riesgo menor,
pues tu peligro mayor
advierte que son las tablas.